

INFORME INTERNO.

ANALISIS DE LAS ELECCIONES DE MARZO.

El peronismo espera todavía un análisis objetivo y certero del proceso electoral reciente. Espera, como siempre, en vano. De la dirección oficial le llegaron - una vez difundidas las cifras del escrutinio - partes que consignaban la novedad de que el Movimiento había triunfado y, de paso, asumían implícitamente la paternidad de esa victoria. Fuera de eso, la burocracia mantuvo la pétrea mudez en que la sumen todos los hechos importantes. Las masas no contaron con una interpretación del episodio, con un panorama claro y verdadero del volumen de su propia fuerza, de la geometría electoral del país, de la estrategia y las tácticas propias y del enemigo y sus respectivas consecuencias.

El presente análisis está destinado a los militantes de nuestra organización y tiene por fin uniformar criterios, generalizar las informaciones recibidas de todo el país y aumentar la comprensión colectiva.

Los manipuleos de cifras.

A ningún peronista ha escapado la palmaria torpeza con que el gobierno intentó, bajo un aluvión de votos de repudio, engañar al pueblo sobre las cifras reales alcanzadas por el Movimiento. A menudo apeló a mutilaciones directas de cifras, restando a los sufragios populares alguna decena de miles, que después aparecieron en los totales. Pero la maniobra más perspicaz consistió en computar como votos peronistas sólo los contenidos por las listas de la Unión Popular, aún en aquellos distritos en los que dicho partido no era oficialmente respaldado por la dirección, (Entre Ríos, Misiones, Salta, Santiago del Estero, Mendoza, Rio Negro).

En esta empresa, el gobierno se vió eficazmente secundado por la prensa cipaya del país, la que arquestó la maniobra e insistió en escamotear del caudal partidario los votos de agrupaciones que como Acción Provincial de Tucumán, Movimiento Popular Mendocino, solo fueron disidentes con la conducción local, pero insistiendo en su adhesión al Movimiento.

Pese a estos manipuleos mágicos, las cifras del gobierno lo reconocieron derrotado. La fuerza del pueblo resultó tan arrolladora que su triunfo resistió los "análisis" más tramposos.

Frente a una maniobra tan evidente, la Dirección peronista, en una solicitada, opuso a las cifras del Ministerio del Interior otras que otorgaban al Movimiento 3.721.434 votos. Es de lamentar que al "fraude" enemigo nuestra dirección haya opuesto su propio fraude, - innecesario en absoluto - que engrosa en unos pocos miles de sufragios el imponente caudal peronista. Así acumula, a los votos verdaderos del peronismo, los de partidos ya definitivamente no-peronistas, los votos observados, impugnados y en blanco, amén de algunas exageraciones sin importancia en los guarismos. Es verdad que los sufragantes de partidos como el del Movimiento Popular Neuquino de Sapag y el Movimiento Popular de Salta de Durand son, en su inmensa mayoría, peronistas engañados por la demagogia de caudillos renegados; también es cierto que algún porcentaje de los votos en blanco y uno muy apreciable de los impugnados y observados nos pertenecen; es probable que el grueso de los votos aportados a coaliciones con el frondizismo (como en el caso de San Luis y Tierra del Fuego) hayan sido atraídos a esos engendros por consignas peronistas, utilizadas por políticos mercenarios u obcecados.

Pero un cálculo tan generoso y conjetural se torna contraproducente y concede al enemigo derechos a un uso abusivo, y distorsionado de los guarismos. Lo más grave es que no existe necesidad de todo ésto.

La polarización del electorado.

Podemos discriminar las cifras del comicio en la siguiente manera:

"Peronismo oficial":.....3.093.644 votos
Peronismo en desidencia con la conducción local..... 315.716 votos
lo que hace un total de.....3.409.360 votos.

Si a esta suma queremos agregar los votos orientados hacia partidos cuyos dirigentes han renegado de Perón pero cuyo prestigio en algunos sectores del pueblo se debe a la continua invocación a las banderas de su Movimiento, que en realidad traicionan, debemos aditar a esta última cantidad la de 228.000, lo que hace un total de 3.637.360 votos. Esta importante cifra puede servirnos para medir la vastedad de un frente de opinión que se aproxima al 40% del electorado nacional.

Pero, más allá de la sencilla información de los números, existen claves cuya comprensión es la primera necesidad para nosotros, militantes de la revolución argentina.

La primera consiste en que se projo una polarización "de facto" aunque sus consecuencias no fueron completamente agradables para el régimen. Este provocó y manejó desde arriba la campaña en forma de que la opinión pública antiperonista se viese forzada votar por los candidatos oficialistas, por temor a una victoria popular. Esta maniobra tuvo un éxito menguado, aunque no cabe duda de que la casi totalidad de los 300.000 votos de incremento que obtuvo la Unión Cívica Radical del Pueblo en estas elecciones en relación a las anteriores se debe al pánico de colonizados segmentos de población (los mismos que en 1962, colocados ante una opción semejante, entregaron su voto a Frondizi). Ya sabemos cómo le resultó al gobierno, el juego de convertirse en el "partido del orden" contra el salto al vacío de las fuerzas insurgentes. Lo real es que, actualmente, el radicalismo del Pueblo se ha afirmado como el partido del régimen, el nucleamiento legal del imperialismo.

En cuanto al movimiento, esta elección termina de confirmarlo, en forma definitiva y expresa, es el Partido del Pueblo. En relación a las últimas elecciones en que participó (las de 1962) aumentó en 677.000 votos, (de 2.732.155 a 3.409.360) sin incluir en el paralelo los 228.000 sufragios abtenidos ahora por los neo-peronistas, que entonces integraban el Frente Justicialista, y sin descontar de los de 1962 los votos de Jujuy, distrito en donde no se votó esta vez. Este espectacular incremento es un claro síntoma de un vertiginoso vuelco que comienza a abrcar al país entero.

El vuelco en la clase media.

Otro hecho de una significación capital, es que, por primera vez desde 1955, el peronismo comienza a englobar en sus filas a grandes sectores de la clase media, a la par que consolida y acrecienta su poderío en el proletariado. El analisis del comicio en la Capital Federal, Provincia de Buenos Aires y Cordoba comprueba esta tendencia. En el primer distrito, donde se realizó una elección sorprendente, se revela nítidamente el avance de su electorado en seccionales típicamente pequeño-burguesas, en donde era clamorosamente derrotado. En la Provincia de Buenos Aires, restados los distritos del Gran Buenos Aires, en donde obtuvo casi el 60% de los sufragios, el peronismo, por primera vez desde su caída, alcanzó la victoria sobre el radicalismo unido y consiguió su triunfo fulgurante en el corazón mismo del baluarte gerila del Plata.

En Córdoba, no solo venció en la ciudad, sino que superó al radicalismo hasta en su pampa gringa. Sería ingenuo pretender que este desplazamiento obedece a un milagro de lucidez pequeño-burguesa, o, como algunos deslumbrados pretenden, a la obra esclarecedora de nuestra propaganda. Este último milagro no se ha producido, y el primero no es tal milagro. Ciertamente, sectores terciarios comienzan a incorporarse a las luchas del pueblo, provistos ya de una conciencia nacional, y es posible que su volumen siga en incremento. Pero la mayoría de estos votos son todavía de rechazo, votos "negativos" desviados a nuestras listas por acción de una incontenible repulsa al grotesco circo radical. En algunos casos, como el que exhiben distritos rurales de Buenos Aires, Córdoba y La Pampa, el salto electoral puede atribuirse a la indignación provocada en nuestros "kulaks" pamonteses por la disparatada política fiscal del Gobierno, traducida, en lo que a ellos respecta, en una montaña de nuevos impuestos y tasas, bajas en los mercados y fastidios administrativos de todo orden. Ello, mientras se facilita en toda forma la acción de los monopolios imperialistas y se engorda a los intermediarios. Nadie más realista que un chacarero, y estos simples hechos se comprenden hasta en el valle del Pó.

Estos elevados motivos no deben descorazonarnos. Es verdad que estos arrendatarios acomodados distan de ser peronistas y que si ahora se produjese una oportunidad revolucionaria, si en este momento el peronismo intentara tomar el poder, recordarían de golpe sus prejuicios, los consejos del cura y las barbas de Alem. Pero es también verdad que se ha producido respecto a ellos y a la clase media no peronista que nos votó, un hecho novedoso y significativo. Se ha roto la barrera mental, el muro del miedo erigido por la oligarquía entre la clase trabajadora y la pequeña burguesía para evitar la coalición popular que puede amenazarla. Y por grande que sea la prudencia que debemos poner al computar este fenómeno como un aporte positivo, como una alianza que puede profundizarse, no podemos ignorar su importancia como hecho negativo en el frente enemigo: la reacción ya no arrastra abrumadoramente a esos sectores que marchaban ciegamente tras las banderas del antiperonismo.

Ese desplazamiento en el cuerpo de una clase hasta ahora alienada en las consignas del enemigo repercutirá en el seno del peronismo como un nuevo tema de divergencia entre las grandes corrientes en pugna. El reformismo y la derecha peronista buscarán, casi automáticamente, ampliar esta alianza de marzo; lo hará tratando de que esta transferencia hacia el peronismo aumente en caudal y tenga carácter permanente, y para ello tratará de mantener las indefiniciones ideológicas, las vaguedades programáticas, las concesiones a la metodología burguesa. El punto de vista revolucionario es totalmente opuesto y no se determina a nivel meramente táctico, máxime cuando el punto de vista reformista tiene como fundamento - tácito o explícito - la creencia en el acceso al poder por medios pacíficos. Unirnos en la vaguedad y en las brumas ideológicas implica adquirir las características invertidas y oscilantes de una clase sin iniciativa histórica como la clase media.

Es decir, jugaríamos a un acrecentamiento numérico que, además de hipotético, sólo podría gravitar en comicios más hipotéticos todavía. Si, en cambio, partimos de una teoría adecuada de la lucha política nacional, trataremos de ensanchar la base de esa alianza y capitalizar ese estado de ánimo de la clase media afirmándonos en nuestra condición de nucleamiento de las clases revolucionarias argentinas. En cualquier caso, la porción de aliados eventuales que se uniesen a nosotros en forma permanente serían un factor de fortalecimiento. Y si, las condiciones del país y el acierto en la línea política del peronismo logran que esa transferencia de voluntades no se interrumpa, estaríamos a breve plazo, capitalizando una conjunción altamente explosiva del proletariado urbano y rural y la pequeña burguesía oprimida. Los frentes de liberación nacional que reposan sobre esa coalición de fuerzas son peligrosísimas para los intereses de la explotación interna e internacional. Y les resultará fatal, si ese frente en gestación se organiza bajo el signo de la ideología revolucionaria.

El desastre del votoblanquismo.

El tan celebrado instinto político del pueblo argentino tuvo en esta circunstancia ocasión de manifestarse. No solamente superó la incapacidad de sus propios dirigentes sino que pudo orientarse certeramente entre la jungla de mentiras, confusión y extorsión que levantó el régimen a su alrededor. Uno de los instrumentos de diversión política a los que el gobierno dió mayor atención y concedió más recursos fue la orquestada y millonaria campaña "votoblanquista", aprovechando rencores y despechos de boliche, resentimientos legítimos e ilegítimos, dirigentes venales y teóricos despechados. El pueblo ya conoce en que concluyó el tremendo blanco. Pero si la lección de las cifras es suficiente para medir la popularidad de estos vociferantes, conviene conceder la atención de algunos párrafos al "votoblanquismo" como posición política en esta emergencia.

Empezamos estableciendo una distinción que consideramos obligatoria. Al referirnos a los grupos y sectores de izquierda peronista y no peronista -los únicos que, en esa postura, intentaron dar al voto en blanco un sentido político explícito- y al criticarlos, los segregamos, por elementales razones de higiene y lealtad, de conocidos provocadores y alquilones del gobierno, que recogían diariamente, en las oficinas de Régimen, los módicos jornales acreditados en su tarea de confusión. De ellos nada podemos decir que ilustre al pueblo sobre lo que conoce de sobra: de donde salía el dinero que pagaba sus costosos semanarios, afiches, volantes y camiones sonoros. Para semejantes sujetos, sobra hasta el desprecio. Son apenas rubros del presupuesto del imperialismo, obstáculos inevitables y reemplazables en nuestro camino, como un espía a sueldo, la picana eléctrica o un infante de marina.

Pero algunos sectores del Movimiento -juveniles sobre todo- y la mayor parte de las siglas del engorroso catálogo de nuestra izquierda, cayeron en la trampa de hacer suyas voces de orden que coincidían con las elaboradas en los gabinetes de "acción psicológica" del S.I.D.E.- Con la mayor buena fe y creyendo -estamos seguros- que interpretaban los verdaderos intereses del pueblo. Esta intención y aquella ingenuidad fueron en esta ocasión la forma cómo se manifestó el patético surrealismo de las izquierdas escindidas de la ortodoxia madre, liberal y cipaya, de su conmovedor complejo de buenas intenciones y ceguera práctica. El esquema de estos vigorosos leninistas, era, más o menos, el siguiente: no hay salida legal dentro del sistema, las elecciones son farsas preparadas para distraer al pueblo de sus objetivos reales, el número de diputados no significa nada puesto que son los factores de poder los que tienen la iniciativa, el peronismo al concurrir se complica en una legalidad trampeada, además no tiene un programa revolucionario, ítem más sus candidatos no son revolucionarios, ni siquiera representativos y muy posiblemente entrarán en el juego, etc. etc.- A estos muchachos alarmados les caería muy bien repasar a Lenin. Nosotros compartimos la mayor parte de sus asertos y tenemos motivos para temer resulten ciertos sus vaticinios, pero ello no nos impide reconocer algunos insignificantes hechos como: 1º) El Movimiento enfrenta una batalla que no había buscado y en la que el enemigo lo desafiaba a una confrontación numérica; 2º) El Movimiento disponía de una legalidad, retaceada y mutilada, es verdad, pero suficiente para expresarse; 3º) El régimen permitiría la concurrencia peronista convencido de que su desorganización y parcelación le otorgaría la victoria, lo que pondría a nuestro movimiento bajo los efectos de una espantosa desorganización, a merced del neo-peronismo y de una, ahora sí, inevitable integración; 4º) No existían en el país condiciones subjetivas ni objetivas, en grado necesario, para emprender una lucha revolucionaria (hecho reconocido por los mismos tremendistas de que nos ocupamos) y de haber+derrotado el Movimiento en los comicios, a estas horas, habría muchas menos.

Por supuesto, muchos de los análisis pormenorizados por estos brillantes equipos de la revolución con tiralíneas contenían gruesas porciones de verdad. Cuando ahincaban en la diligencia desolada de las consignas de nuestra dirección o cuando exhibían los méritos negativos de tal o cual candidato. Pero esta izquierda nuestra, tan + (sido)

laboriosa y abnegada, por examinar las verices del arbusto no vió caminar el bosque. No comprendió que el enfrentamiento se daba a un nivel y en una perspectiva en la que no había lugar para el futurismo y el fantaseo. Nos gustase o no la forma y el terreno en que se libraba la batalla, esa forma y ese terreno eran objetivos, reales, como objetivo y real su desenlace. Ante la Nación y el mundo, el peronismo ganaba o perdía, aquí y ahora. Argumentar que la victoria no aprovechaba al pueblo, aparte de incorporarnos al terreno -muy poco leninista- de la astromancia, tiene el inconveniente de no ofrecer una alternativa más interesante. Nuestra izquierda implacable suele jactarse de utilizar instrumentos de precisión; le queda por aprender que no puede investigarse el firmamento con un microscopio.

En cuanto al elevado tono de indignación moral que flameaba en sus proclamas y en el que, en último termino, descansaban los argumentos votoblanquistas, nos parece desproporcionado con su consigna unitaria, desde que el votar, aunque sea en blanco -voto silencioso y anónimo - resulta, a la luz de sus feroces premisas, también un acto cómplice. Esperamos que para la próxima elección sean consecuentes y convoquen a la ciudadanía a abstenerse de votar y entren a sospechar si ven que ese imperativo encuentra inesperada difusión en el aparato de propaganda del régimen.

Por cierto que la verdad existe por si misma y no se determina por mayoría, de manera que puede tenerse razón aunque uno se encuentre solo frente a muchos. Pero el 14 de marzo era un hecho político en que el pueblo se veía abocado a una batalla en que su triunfo no sera decisivo, pero su derrota tendrá efectos catastróficos. Las masas lo vieron tan claramente que el porcentaje de votos en blanco fue el que aparece en cualquier elección cristalinamente democrática y burguesa. La dirección burocrática jamás había pasado por un momento de mayor impopularidad, y sin embargo, las bases no confundieron su repudio a la burocracia con la batalla que estaban dando en las urnas. Y fue por eso que hubo 100.000 votos en blanco menos que en 1962, a pesar de que entonces no se escuchó este coro de sectas iluminadas haciendo propaganda votoblanquista.

La burocracia, como siempre.-

En este análisis no puede obviarse un comentario acerca de la forma con que la dirección peronista condujo la campana electoral. La justificada euforia con que la masa partidaria festejó el triunfo debilitó, notoriamente, la voluntad de crítica que se había reprimido en las bases para no deteriorar el espíritu general en vísperas del comicio. Esta generosidad es peligrosa, porque extiende los méritos del Movimiento a una burocracia que no lo representa y puede sumirnos en un conformismo inoperante. Aquí vamos a limitarnos a examinar la conducta y el comportamiento de la dirección partidaria en relación a la campana electoral.

Pocas veces hemos contemplado un torneo de torpeza e ignorancia semejante. A menos de un mes de las elecciones, la masa permanecia en el mismo estado de desorientación al que la habían llevado dos años de permanente desconcierto político. Mientras el enemigo ofrecía el aspecto de un frente compacto, nuestro Movimiento se hacía conocer solamente a través de sus luchas intestinas, conflictos de comité, cartas abiertas de un sector contra otro y las tonterías de rutina, que, espaciadamente, producía el famoso "comité de los cinco".

Bastara, para resumir el abismo de vileza política a que se lanzó esta dirección peronista, recordar la vertiginosa frecuencia con que nuestro pentágono volaba a Asunción a consultar la opinión del Sr. Jorge Antonio, tal vez el más abyecto y despreciable instrumento de los monopolios en nuestro Movimiento; el mismo que, mientras sometía a esperas humillantes a los líderes del movimiento popular americano, negociaba con el gobierno la abstención, a cambio de la devolución del producto de sus rapiñas. Símbolo y síntesis de esta inaudita degradación, los rebeldes de ayer se prosternaban ante el sátrapa-

pa que constituye la síntesis de lo revolucionario, lo popular y hasta de lo puramente decante en el más moderado sentido del término.

Es difícil encontrar en la literatura política contemporánea - Balbín aparte - proclamas tan miserables como las que perpetraba la dirección que padecemos. A su monstruosa sintaxis añaden una tan lamentable cobardía cívica, confusión ideológica y torpeza política, que parecían salidas de un comité radical de campaña. Jamás fue tan patente el lastimoso contraste entre un movimiento con destino liberador y la dirección que se le inflige. El análisis de esta contradicción excede la intención de este trabajo. Es un fenómeno que resulta de muchas causas y es tema de una investigación particularizada. Pero, aún omitiendo referirnos a los callejones tapiados que nos ha dejado una política sin principios, basta atender a las consecuencias de esta conducción, referidas a las elecciones del 14, para comprobar cómo gravitaron negativamente en sus resultados.

Hemos afirmado nuestra victoria en los comicios. La hemos calificado como la más destacada que podía lograr el Movimiento en ese terreno. Pero esta comprobación no impide reconocer que nuestro triunfo se empañó con algunos contrastes políticos parciales y que no alcanzó la dimensión que hubiese logrado de haber sido otro el signo conductor de la campaña.

En el orden nacional, nuestra agraciada conducción apenas despertó de su letargo sobre el filo del comicio, y solo para recitar las jaculatorias petrificadas y las fórmulas cabalísticas de costumbre. En los últimos días de la campaña, el pueblo pudo observar algunos carteles que invitaban a votar por la Unión Popular; anteriormente la propaganda peronista se destacó por su ausencia, con excepciones mínimas y no siempre honrosas. Los actos públicos organizados por la burocracia sirvieron de testimonio de la incapacidad y la negligencia de los encargados del esclarecimiento popular. En Avellaneda, uno de nuestros baluartes, el acto central del Partido no reunió tres mil personas. Los mitines de Lanús, Berisso y Matanzas convocaron más policías que público. En Capital, el acto de proclamación debió ser suspendido por falta de asistentes. Pero la voluntad y la lucidez de la masa compensó la incompetencia de sus "dirigentes". De haber mostrado éstos un mínimo de instinto político y sensibilidad popular, el peronismo hubiese alcanzado mayorías asombrosas.

Pero en donde la estupidez burocrática obtuvo su cosecha más pródiga fue en el interior del país. Allí, donde grandes sectores populares yacen en un atraso económico y cultural espantoso, donde aun el comisario representa un poder decisivo y el caudillo tiene en sus manos hasta la libertad de un hombre, allí era preciso concentrar los esfuerzos de la propaganda y la agitación. La burocracia, en cambio, ocupada de acomodar sus candidatos, dejó la situación librada a su propia suerte y a la masa tironeada por los numerosos partidos peronistas, los cuales, aun de buena fé, contribuían a aumentar el desconcierto en el pueblo. En los casos en que nuestra conducción decidió apoyar oficialmente a un partido, lo hizo casi siempre en favor de los sectores más reaccionarios y derechistas - como el caso de Tucumán, Misiones y Santiago del Estero.

El ejemplo de Tucumán es sobremedida instructivo. Allí, los "cinco" volcaron su apoyo al partido Unión Popular que en Tucumán expresa al neo-peronismo y a la derecha, y a la vez, fustigaron al aguerrido peronismo obrero que se nucleó en Acción Provincial, y que se impuso abrumadoramente (105.000 contra 27.000 del sector "oficial").

En el resto de las provincias se repitieron situaciones análogas: Mendoza, Entre Ríos, San Juan, San Luis, Catamarca y Santa Fé. Este último distrito enmarcó la única derrota real del peronismo. Esta vergonzosa elección, en la que se destaca el increíble contraste de Rosario, capital legendaria del peronismo, no es, por supuesto, responsabilidad del pueblo, sino de los aprovechados políticos que transfirieron a las masas su confusión e ignorancia. En Santa Fé, el mismo día del comicio ningún peronista sabía cómo tenía que votar. La dirección local, sospe-

chada de antecedentes frigeristas, ni siquiera se mostró capaz de negociar.

El grupo clerical y frigerista orientado por el ex miembro de la Junta Consultiva, Ariotti, cumplió su papel de infiltración frondifrigerista en nuestro seno, buscando primero la autoproscricción y propalando directivas votoblanquistas después. El Partido Blanco de Santa Fé, resucitado y con el aliento vital que procuró insuflarle el gobernador Tessio, fue otro factor divisionista. En cuanto a la Unión Popular y al Partido Justicialista, intercambiaban insultos en sus esfuerzos por canalizar el voto peronista. En este medio anárquico y confuso, los dirigentes políticos y sindicales que responden a los intereses frigeristas cumplieron diligentemente su función disgregadora. Todo lo cual explica que el MID haya triunfado en Rosario, donde el miércoles 10 las 62 Organizaciones ordenaron el voto en blanco, medida que, bajo presión, recién rectificaron a último momento.

El Peronismo resolvió votar las listas del Partido Justicialista en el orden provincial y a los candidatos de la Unión Popular para la de Diputados Nacionales. El día 14, en la mitad de los circuitos santafecinos faltaban boletas de uno u otro partido, y el caos superó las esperanzas de nuestros adversarios: 110.000 votos del Partido Justicialista no fueron acompañados de la boleta de Unión Popular para diputaciones nacionales. En todo esto, la conducción oficial nacional fluctuó entre el letargo y la impotencia.

En Entre Ríos, los organismos partidarios nacionales actuaron aún más disparatadamente. Incapaces de comprender nada, perdidotodo principio de autoridad, ordenaron... libertad de acción. El entrerriano de base quedó librado a una meditación sobre los méritos respectivos de las tres actitudes que le recomendaban al unísono los dirigentes locales: votar a Unión Popular, Tres Banderas o al Partido Blanco. De hecho, en trances semejantes se encontró la masa de la mitad de las provincias argentinas.

Otro grave motivo de escándalo para el movimiento, que fue aprovechado intensamente por la prensa enemiga, y por los emboscados de adentro, fué el criterio y la forma con que se escogieron los candidatos. Con excepciones muy escasas, se los eligió entre los paniaguados de los poderosos y violando las más elementales reglas de la legalidad partidaria. El resentimiento inevitable que siempre acompaña a la competencia política alcanzó esta vez un grado de tensión que fisuró gravemente la unidad peronista y concedió al adversario una masa de maniobra en nuestro propio partido.

El voto femenino. -

Una circunstancia sorprendente, doloridamente comentada por nuestros activistas, fue el escaso volumen que alcanzó el voto femenino partidario. El hecho fue comprobado en todos los distritos del país, pero con mucha más fuerza en Capital, Prov. de Buenos Aires y Córdoba, los distritos donde, precisamente nuestro poderío se manifestó más rotundamente. En Capital, verbigracia, el padrón masculino, dió al peronismo 47.000 sufragios de ventaja sobre el radicalismo, el femenino un retraso de 50.000, lo que permitió al Gobierno adjudicarse el distrito por el angustioso margen de tres mil votos. Mucho se ha escrito y opinado sobre los reflejos políticos de la mujer. Es verdad que por su situación social carece de una sólida conciencia y es más influible que el hombre. Es posible que exista en ese electorado tendencias a respaldar el orden y la situación establecida. Pero es asimismo cierto que la mujer es la que va al mercado y hace las compras, y que este hecho simple y concreto no contribuye, en estos momentos, a volverle simpático un régimen cuya política económica axfisia a la economía familiar de las clases populares, aumenta el desempleo y extiende la miseria. Solo la incapacidad de nuestra conducción para llegar a la masa femenina, para esclarecerla y conducirla, puede explicar una diferencia tan abultada.

Es casi un sobrentendido que las tareas que exhibe con tanta sinceridad nuestra burocracia, y que alcanzaron una suprema traspas-

rencia en esta campaña, no son efecto de un maligno conjuro ni de una aflojada temporal. Son el resultado y la causa, al mismo tiempo, de todo un largo proceso que arranca desde muy atrás y que podemos resumir aquí en estos datos: incongruencia ideológica, oportunismo político, ausencia de línea, dirección vacilante y timorata, carencia de una organización adecuada a los fines del Movimiento. Sin remover estos defectos, para reemplazarlos por las virtudes opuestas, todos nuestros triunfos están predestinados a resumirse en una derrota total y definitiva.

El trabajo de nuestra organización.-

¿Cuál ha sido el papel de nuestra organización en la campaña electoral? Por cierto que las tareas que se presentaron no fueron fáciles ni sencillas. Nuestros activistas debieron afrontar, en los lugares donde se les permitió hacerlo, no solo la preparación de la campaña, técnicamente concebida, sino la difusión de nuestras posiciones y del programa de la tendencia. Pese a la abrumadora cantidad de obligaciones que ello suponía, nuestros cuadros políticos resistieron la prueba y dieron cumplimiento exitoso a la mayoría de los planes de trabajo elaborados. Haremos una reseña y balance de nuestra campaña en forma sumaria.

En el orden nacional, la posición de la tendencia revolucionaria fué fijada en un documento suscripto por John Cooke, Obregón Cano y Norberto Vazquez, deslindando el juicio que merecen las direcciones burocráticas y cualquier ilusión electoralista, del problema real que planteaba al peronismo la convocatoria para el 14 de marzo. De tal manera, la posición concurrencionista propugnada tomaba el sentido de respuesta a un desafío en que el pueblo debía derrotar al sistema opresor, manteniendo férreamente su unidad tras el símbolo de su líder exilado. La contradicción trágica entre masa y conducción burocrática no se transfería, como algunos creían, al dilema voto positivo o voto en blanco, que debía encararse en una estrategia única en base a los datos objetivos que condicionaban el episodio electoral.

De máxima importancia fué la decisiva intervención de nuestros compañeros para frustrar un intento del neoperonismo y demás sectores de derecha para desnaturalizar los fines del Movimiento y el sentido de su participación en las elecciones. Nuestros compañeros, en colaboración con el sector más avanzado de las 62 Organizaciones encabezado por Amado Olmos, elaboraron un programa partidario de contenido agresivamente revolucionario y antimperialista. Naturalmente no ignorábamos la imposibilidad de que fuese aceptado integralmente y descontábamos las interferencias. Pero el logro superó nuestro cauteloso optimismo, desde que, a pesar de la poda que la cobardía moral le infligió a sus cláusulas y adjetivos, lo fundamental de su texto e intención permaneció, y así fué publicado.

Debemos destacar aquí, la brillante labor de nuestros compañeros universitarios, que cumplieron su deber en condiciones particularmente difíciles, como que tuvieron que actuar en el epicentro del ciclón votoblanquista. A ellos corresponde el mérito de haber quebrado, dentro de la Juventud Universitaria Peronista, esas maniobras, llevando a sus organismos de superficie a las posiciones correctas, y a sus militantes, a ganar la calle para difundirlas.

En las provincias de Buenos Aires, Santa Fé, Córdoba y Entre Ríos, nuestra organización obtuvo éxitos de significación y salió del trance fortalecida e incrementada. En las tres últimas, nuestros activistas tuvieron parte destacada en la ofensiva electoral y aportaron equipo de oradores, que desde la tribuna, concedieron a la campaña un sesgo original, denunciando sin tregua al imperialismo, a los partidos del régimen y a las posiciones reformista dentro del movimiento. Aparte de lo que ello significó como experiencia política, el hecho más importante de la empresa consistió en la efervorizada respuesta de las masas ante nuestras consignas revolucionarias. Hemos contribuido a crear estados masivos de opinión sobre los cuales podremos trabajar con más desenvoltura. Si en el futuro nuestra organización se fortalece

en número de militantes, si su línea política permanece fiel a la realidad y si consigue mantenerse ligado, clara y concretamente a las masas, acompañándolas en sus luchas y comprendiendo sus necesidades, irá logrando la aspiración de servir de instrumento histórico del pueblo para la conquista del poder.

Nuestras organizaciones regionales tienen el deber, ahora, de realizar un análisis minucioso y una acerada autocrítica de su trabajo, único medio de convertir en poder real su experiencia.

¿Y ahora que?

No podemos concluir este análisis sin plantear un problema que es el de todo el pueblo peronista. Ganamos ¿Y ahora qué? ¿Qué hacemos con esta victoria? ¿Nos acerca al poder o nos aleja de él? ¿Estarán nuestros electos a la altura de su mandato? El interrogante es vasto y tiene el inconveniente de estar referido a hechos futuribles. Pero tenemos elementos que nos permiten arriegar algunas conclusiones.

Pasados los primeros momentos de furia y malicia, la prensa cipaya comenzó a insinuar, al principio tímidamente, luego con todo desparpajo, que al fin y al cabo, el triunfo del pueblo no era temible, desde el momento que la responsabilidad del poder iba a moderar los ímpetus revolucionarios de los parlamentarios peronistas, a hacerles sentir el halago del poder, lo que redundaría en beneficio de la paz social y las instituciones. Esa prensa, en su casi totalidad adelantaba, un chantaje explícito: o el peronismo "colaboraba" o se despedía de las elecciones del 67, del 69 y hasta de la legalidad más miserable.

Alguna razón tiene el gobierno para no descartarse del naípe. No se había apagado aún el eco de la alegría popular, cuando un diputado electo manifestó que los ungidos irían al Congreso a lograr "la reconciliación de todos los sectores sociales" y que el objetivo supremo del peronismo era "la pacificación". Otro diputado, del sector gremial, célebre por sus contactos con Kauch y otros golpistas peludos, emprende viaje a Madrid para... asistir a un Congreso de la Falange, acompañado por el Coronel Guevara, lonardista y antiperonista acérrimo. Uno de los máximos dirigentes sindicales asiste a una comida en su honor que sirven las autoridades del Rotary Club - selecto reducto ultra reaccionario y patronal - y allí brinda por la empresa mixta y el milagro alemán. Son síntomas demasiado graves como para hacerse ilusiones.

Dentro del bloque de 52 diputados nacionales que a partir del 1º de mayo próximo tendrá el movimiento en la Cámara, podemos establecer compartimentos bien diferenciados. En un extremo del espectro, están ubicados 9 o 10 diputados neoperonistas, súbitamente conversos a la ortodoxia. Electos en 1963 gracias al fraude y a la proscripción del peronismo, casi todos fueron, con mayor o menor descaro, cómplices del régimen. Votaron sumisamente casi todas las medidas que el Gobierno requirió para subsistir y fueron los voceros más estrepitosos de la famosa "pacificación". De ellos podemos esperar poco o nada.

Inmediatamente se alinean aquellos que provienen de la Unión Popular bramuglista (Tercera del Franco, etc.) que se diferencian de los anteriores en una mayor docilidad frente a la dirección, y que su neoperonismo es hoy un poco más vergonzante. Seguramente se fundirán con sus primos de sangre en el intento de institucionalizar al peronismo.

En el centro del espectro se instala la mayoría de los electos, políticos surgidos de digitaciones y trenzas o de situaciones provinciales intransferibles. De este sector no se puede opinar con demasiada seguridad y es imposible juzgarlo en conjunto. Hay en él demasiadas ganas y contradicciones como para pretender un juicio unitario. Lo que sí podemos afirmar es que la conducta de estos diputados depende en gran medida de la política que se fije el movimiento en el orden nacional, extraparlamentario.

A la izquierda del espectro podemos ubicar a varios diputados obreros y a algunos políticos de posiciones avanzadas. La importancia de ese sector deriva no de su número sino de que puede convertirse en vocero de las reivindicaciones populares y transmitir al bloque entero la energía que de ellos emana. Si acierta con las consignas justas y aprovecha las bancas para hacer desde ellas resonar el programa revolucionario que ha abrazado nuestro pueblo, reunirá tras suyo la voluntad de la mayoría de sus compañeros, y, por añadidura arrancará definitivamente la máscara hipócrita de los traidores emboscados.

Podríamos formular un pronóstico con respecto a la futura actuación de gran parte de los diputados electos, con la certeza de no equivocarnos en absoluto: tienen antecedentes que permiten descartar toda sorpresa. De otros, no pueden hacerse anticipaciones tan terminantes, sea porque su actuación parlamentaria será la que definirá si estamos justificados al otorgarles cierto crédito de confianza, sea porque recién ahora darán la prueba de su real entereza y capacidad. Pero el examen de casos individuales no interesa en este análisis sino como elemento de juicio, para estimar las posibilidades de que un grupo con empuje revolucionario venzan las fuerzas de la inercia que tratarán de imprimir al bloque una fisonomía pactista y mediocre. En líneas generales la tónica del bloque no escapará a la tónica general del Movimiento, pero las tendencias que tratan de arrancarlo de su inocuidad presente podrían encontrar un punto de apoyo muy valioso si en el seno del sector parlamentario hay un grupo de hombres - por pequeño que sea - que defiendan consecuentemente las líneas de una política revolucionaria.

Al expresar esa esperanza y alzar tales interrogantes, entramos en el enfoque correcto del asunto. En el parlamento no se resuelve nada fundamental del drama argentino, y ni los más empeñados reformista negarán esta afirmación. Aún la utilización de las bancas al servicio de una estrategia revolucionaria queda descartada como posibilidad: sería necesario, en primer término que el movimiento tuviese esa estrategia. Lo que establecerá la diferencia - la única que interesa - entre los componentes del bloque es el destinatario que se tenga en vista para la acción parlamentaria: las masas peronistas o el orden democrático burgués redivivo el 14 de marzo. El diputado de tendencia revolucionaria actuará inspirado en el propósito de utilizar su destacada posición pública para contribuir a desarrollar la conciencia revolucionaria del pueblo, buscando dejar al descubierto la naturaleza del régimen burgués y su contradicción insoluble, con la nación y las clases productoras. El burócrata parlamentario estará, en el fondo, alineado al juicio que tengan de él y del movimiento y los partidos tradicionales, los factores de poder, etc. - Tratará de demostrar que el peronismo es "incorporable" al sistema imperante, que merece participar, en plenitud de derechos, en el juego institucional en la competencia por el poder político.

Esta segunda actitud será la más generalizada. Sin que ello obste sin embargo, para que de tanto en tanto se pronuncien discursos de marcado tono aparentemente revolucionario, con condenaciones abstractas al imperialismo, invectivas para los abusos de las clases poderosas y reclamos de "cambios de estructuras", reformas agrarias, etc. Tales erupciones demagógicas, lejos de contribuir a la orientación de nuestra masa serán medios para mantenerla en su actual indefensión, tratando de ganar popularidad con planteos que pasen por revolucionarios cuando son todo lo contrario, la caricatura de la revolución.

Las consecuencias de la falta de conciencia revolucionaria y de una teoría correcta de la problemática nacional empujarán hacia el bando de los venales y claudicantes a ciertos elementos de mejor calidad moral. Ese ambiente irreal tiende a confundirse con la realidad, se sobreestiman los ritos y las cuestiones parlamentarias y se va adquiriendo una visión deformada, que no ve los antagonismos básicos de nuestra sociedad ni las vías para resolverlos. El bloque tiende, por consecuencia, a "integrarse" en los mecanismos burgueses, a considerar ese marco jurídico institucional como la estructura que permite

participar en el poder político y no como la estructura que se opone a las reivindicaciones de los trabajadores. El diputado se ve a sí mismo como un "hombre de estado", aspira a que sus pares lo reconozcan en esa jerarquía a que se lo considere persona moderada, sensata, atinada: se siente actuando a alto nivel, está "dentro" de los círculos en que se ejerce el poder.

Esta no es una descripción imaginaria de un proceso psicológico individual: es una forma de la alienación que acecha a los representantes de los movimientos populares, los encaja en la cienaga del reformismo y les crea una ambivalencia - no necesariamente premeditada o consciente - que los lleva a adoptar una actitud ante sus adictos y una diametralmente opuesta en la esfera de sus actividades como integrantes de un poder del estado.

En síntesis: la utilidad que pueda derivarse de las representaciones ganadas está determinada no por alguna conquista legislativa ni por el peso del bloque dentro del régimen: estas ventajas son de menor cuantía y se logran al precio de apuntalar las situaciones sociales existentes. En cambio, desde unas pocas bancas puede contribuirse al avance del peronismo como organización revolucionaria, elevar su combatividad, estimular la capacidad creadora de las masas. Admitida esta hipótesis, sobran razones y experiencia para mantener un marcado escepticismo al respecto. De cualquier manera, nunca pensamos que los frutos del triunfo electoral de marzo fuesen a cosecharse en el seno de las representatividades obtenidas, ni que estas fuesen a alterar la estrategia general que venimos propugnando para el Movimiento.

La alternativa es clara y perfecta. El peronismo puede aprovechar el Parlamento para acosar al sistema y obligarlo a desnudar su entraña reaccionaria. Para profundizar su evolución inevitable y la de las masas que lo siguen. Para violentar el régimen desde sus entrañas, haciendo patente su descrédito e impotencia histórica. O, en lugar de ello, darle garantías de sobrevivencia, embotando su mandato detrás de una posición contenida y calculosa.

Nuestros activistas deben comprender, y hacer comprender al pueblo, todo el dramatismo que contiene esta opción, y como las deficiencias en el modo de encararla son una secuela de fallas que desde hace mucho vienen siendo denunciadas por los grupos más avanzados del Peronismo. De lo que pase afuera de la Cámara dependerá fundamentalmente cómo será el peronismo adentro. Debemos decirle a las masas que los cambios exigidos a todo nivel sólo podrán lograrse a través de su propia movilización revolucionaria, y que sólo bajo su impulso y su control, sometidos a su aliento o a su repulsa, podrán existir grupos parlamentarios cumpliendo su parte en las tareas generales que tiene ante sí el Movimiento.

El Peronismo es antagónico al régimen.

La diferencia entre el peronismo y los partidos burgueses se refleja también en las formas que asumen las respectivas "representatividades". Los resultados de las diferentes elecciones realizadas desde 1955 exhiben, en el plano comicial, el hecho substancial de la vida argentina contemporánea: la bipolaridad de las fuerzas actuantes en el seno político-social. La diyuntiva peronismo - antiperonismo sigue resumiendo los antagonismos sociales básicos y engloba los múltiples conflictos secundarios. Pero mientras el Peronismo se mantuvo inmovible como eje de la oposición al régimen, éste se va expresando por medios de diversos partidos que se turnan como centro del frente antipopular. Las circunstancias han llevado a la UCRP a desempeñar ese papel, como en la elección de 1958, desplazando al otro radicalismo. La UCR, por su parte, después de constituirse en ocasional vehículo electoral del peronismo en febrero de 1958, pasó a capitalizar el antiperonismo en 1960 y 1962 y luego, nuevamente en la oposición, intentó mediante una burda demagogia, "integrar" por la base al peronismo en el sistema dominante, del cual la UCR y el MID han pasado a ser sectores menores. O sea, que en la antítesis real que expresa nuestra realidad - "Pueblo versus Régimen" el primer término equivale a "Movimiento Peronista" que es su máxima expresión orgánica; pero el término "Régimen" designa una unidad que tiene, en cada momento, un diferente titular que lo

expresa preponderantemente como la Unión Democrática en 1945, la Unión Cívica Radical en el período 1946-55, el frente "Libertador" en 1955, la UCRI o la UCRP posteriormente. Ese liderazgo no excluye las contradicciones interburguesas, pero se sobreponen a ellas en las confrontaciones decisivas con el Peronismo; y no resulta de una superioridad en las soluciones ofrecidas sino que recae sobre el partido que está en mejores condiciones para enfrentar al avance de las masas.

Mientras la fuerza del peronismo proviene de su vigencia como centro y cabeza de la confluencia de las voluntades populares, el poderío numérico que acaba de exhibir la UCRP resulta de una suma de reflejos defensivos en el frente antiperonista. El radicalismo del pueblo hoy, como el frondizismo ayer, no es sino la alternativa que el régimen se opone al Peronismo; alternativa que puede volver a cambiar de denominación en cuanto varíe el cuadro de intentos del conglomerado burgues y pro-imperialista, y que en determinadas situaciones deja de expresarse a través de sus partidos y se presenta bajo formas militares.

La política argentina, por lo tanto, sigue girando en torno al Peronismo, cuyo caudal de masas y composición de clases obliga al régimen a pasar por etapas sucesivas de "institucionalización" -como la actual- y de dictadura abierta una vez que, aun dentro de los retaceados márgenes de legalidad que se le ofrecen, el movimiento pudiera hacer gravitar su número para obtener porciones decisivas de poder político.

El oficialismo ha quedado en condiciones de hacer mérito de la relativa libertad electoral que concedió en marzo para amansar la oposición peronista: tras el espejismo de un nuevo proceso "democrático" a dos años vista, intentará asociarnos en la defensa de la "legalidad". En forma expresa o solo en los hechos, este criterio tiene muchísimos adeptos en las altas esferas peronistas, tanto parlamentarias como extraparlamentarias. Pero parte de la premisa falsa de que los guarismos de marzo reflejan la manera en que se dá la actual correlación de fuerzas en la lucha por el poder político. La UCRP, repetimos, no alcanzó su porcentaje electoral de marzo por lo que afirma o promete, sino porque ganó las mejores condiciones para hacer de valla al Peronismo. Y no depende de la UCRP -aun cuando sinceramente fuese el propósito de los líderes radicales- poner en juego, en torneos electorales el statu quo implantado en 1955.

El detentar el gobierno, la UCRP se vió ante el problema del retorno de Perón y arrojó todas sus máscaras populistas y difusamente nacionalistas. El Dr. Balbín y sus acólitos, cambiando la táctica previa, atacaron al movimiento sindical, del cual nada podían esperar ya, para presentarse como la mejor opción de los antiperonistas. Ahora, mientras por un lado buscan atraer al Peronismo hacia la defensa de la legalidad, por otro necesitan seguir ofreciendo pruebas de que no decaerán en su antiperonismo, y de ahí las insolencias del Ministro Solá, las amenazas de modificar la ley de Asociaciones Profesionales, la temeraria exhibición de ignorancia que casi diariamente ofrecen los tribunos radicales atacando a los representantes auténticos del movimiento sindical. Simultáneamente, el partido oficial se reivindica como el artífice de la constitucionalidad y hacer saber a los sectores castrenses que no los temblará el pulso llegado el momento de reprimir rebeldías populares.

En última instancia, se marca así la discrepancia entre el poder político - que detenta la UCRP - y el poder real, que sólo ejerce en cuanto lo delegan en él quienes efectivamente lo poseen. Las fuerzas armadas no exhibirán, por cierto en 1967, la misma pasividad que mantuvieron ante la reciente confrontación democrática, sin consecuencias prácticas en cuanto al control del poder del Estado. Y por otra parte la UCRP mantendrá su categoría de partido gobernante no sólo porque demuestre su predisposición y aptitud para servir de instrumento político en la fase represiva próxima, sino también en cuanto logre ofrecer a los militares la seguridad de que, además, será un instrumento eficaz. Los intereses del imperialismo y de las clases dirigentes locales, que en la coyuntura iniciada en octubre de 1963 estaban perfectamente garantidos por la política del radicalismo del pueblo, pueden no sentirse igualmente tranquilos cuando crean que ya no están eficientemente

defendidos por la ambigüedad y la ~~inconciencia~~ y ha llegado el momento de la eficiencia, de la violencia sin coartadas líricas.

Nuestros esfuerzos tienden a que las bases impongan también el abandono, por parte de nuestros dirigentes, de los juegos aparentales en la periferia del poder político, de las posturas revolucionarias limitadas a algunas piezas de incandescente oratoria, de las ilusiones milagreras que son manifestación no de candidez sino de incapacidad para plantearse revolucionariamente una situación que sólo tiene soluciones revolucionarias.

SECRETARIADO NACIONAL

Mayo de 1965